



TRIBUNALES RÚSTICOS

EN la sala del Juzgado de paz de Gorgueville, hallábanse muchos labriegos aguardando, apoyados en las paredes, inmóviles, á que diera principio la sesión.

Los había de muy diferente complexión, altos y bajos, gordos coloradotes como tomates, y flacuchos renegridos que parecían hechos con un tronco de manzano. Habían dejado en el suelo sus cestas y se mostraban reposados y silenciosos, apoyados en las paredes, rumiando cada uno sus asuntos. Apestaban todos á establo y á sudor, á leche agria y á estercolero. Revoloteando, zumbaban las moscas junto al techo blanquecino, y oíanse cantar los gallos en los corrales del pueblo.

Sobre una especie de estrado, alzábase una larga mesa revestida con un tapete verde. Un viejo rugoso, escribía sentado en la extremidad izquierda. Un

gendarme tieso como un huso, con la cabeza muy erguida, sentábase al extremo de la derecha. Y sobre



la pared enjalbegada y desnuda, un Cristo de madera, retorciéndose, tallado en una postura dolorosa, parecía ofrecer aún sus padecimientos para redimir una vez más los pecados irremediables de aquellos brutos que olían como las bestias.

Al fin compareció el señor juez de paz. Era un hombre barrigudo, colorado; y al entrar apresuradamente, como quien se dispone á no perder ni un instante, sacudía y balanceaba su negra toga; sentóse, dejó el birrete sobre la mesa y miró á la concurrencia con el desprecio más profundo.

Era un abogadillo de provincia y un refinado, un culto del distrito, un presuntuoso de los que traducen á Horacio, saborean los epigramas de Voltaire y saben de memoria Vert-Vert y las poesías impúdicas de Parny.

Al sentarse dijo:

—Señor Potel, vaya usted llamando.

Y, sonriendo, murmuró:

—*Quidquid tentabam dicere versus erat.*

El escribano, alzando su calva frente, masculló de un modo ininteligible:

—La señora Victorina Bascule, contra Isidoro Paturon.

Avanzó hacia el estrado una mujer enorme, una pudiente campesina, una señora de la cabeza de partido, tocada con su capota de anchas bridas, luciendo en el reloj una cadena de oro que ondeada sobre su abultado vientre, con sortijas en los dedos y pendientes en las orejas—deslumbrantes como luces encendidas.

El juez de paz la saludó con una mirada sonriente, donde pudo adivinarse un destello de irónica burla, y dijo:



—Señora Bascule, formule usted sus quejas.

La parte contraria se había colocado en el otro extremo, formando un grupo; eran tres personas: un campesino de veintiséis años, mofletudo como

una manzana y colorado como las amapolas; una mujer—su esposa—muy joven, flacucha, endeble, pequeña, como una gallina mojada, llevando su cabeza raquítica tocada con una cofia que hacía el efecto de una cresta; sus ojos eran redondos, asombrados y coléricos: no miraban de frente, sino á uno y otro lado, como los de las aves; y el padre del campesino, un viejo encorvado, cuyo cuerpo retorcido escondíase bajo una blusa inflada y tiesa, como dentro de una campana.

La señora Bascule, declaró:

—Señor juez de paz: hace quince años que recogí á ese mozo. Lo eduqué, tomándole cariño, como una madre. Todo lo hice por él, para convertirlo en un hombre de provecho. Me había prometido, jurándome que no se apartaría nunca de mí; hasta me firmó un papel, asegurándomelo; y fiada en esto, yo le doté, cediéndole mis tierras del Bec-de-Martin, que valen unos ocho mil francos. Así vivíamos, una polilla; una enredadora, una lechuza, una desvergonzada...

EL JUEZ DE PAZ. — Conténgase usted, señora Bascule.

LA SEÑORA BASCULE.—Una... una... una... ¡Bien! ¡me lo callo! le volvió del revés el juicio, haciéndole no sé qué... Sí... No sé qué le hizo para entonte-

cerle; y el estúpido se casó con ella; se casó, aportando al matrimonio mis tierras del Bec-de-Mor-tin... ¡Ah!... Eso no es tolerable... no es posible... No, y mil veces no. Tengo un papel, un compromiso firmado. Ese matrimonio es nulo. Vea usted mi documento. Y si no vuelve á mi casa el mozo, que me devuelva mis campos. Hicimos para la cesión de las tierras una escritura notarial, y para el arreglo amistoso un escrito privado; también es un documento. Cada cual debe quedarse con lo suyo: ¿no es verdad, señor juez? *(Al decir esto, le presentó un papel sellado, extendido.)*

ISIDORO PATURON.—No es verdad.

EL JUEZ DE PAZ.—Cállese usted. Ya le llegará su turno.

(Leyendo.) «El firmante, Isidoro Paturon, se compromete con toda formalidad á vivir en compañía de la señora Bascule, atendiéndola y sirviéndola como se merece, mientras viva, en pago de los favores recibidos. Gorgueville 5 de Agosto de 1883.» *(Acabada la lectura y apartando la vista del papel, siguió hablando.)* Hay una cruz en vez de firma. ¿Es que usted no sabe firmar?

ISIDORO.—No se firmar, señor juez.

EL JUEZ.—¿Reconoce usted que hizo esa cruz?

ISIDORO.—No; no la hice, señor juez.

EL JUEZ.—¿Sabe usted quién la hizo?

ISIDORO.—Ella; ella la hizo.

EL JUEZ.—¿Juraría usted que no hizo esa cruz?

ISIDORO.—*(Precipitándose.)* Sobre la cabeza de mi padre, de mi madre, de mi abuelo, de mi abuela y del Cristo que me oye, juro que no la hice. *(Tiende la mano, y escupe por el colmillo para reforzar su juramento.)*

EL JUEZ DE PAZ.—*(Sin que le sea posible contener la risa):* ¿Qué género de relaciones tuvo usted con la señora Bascule, aquí presente?

ISIDORO.—Pues... las relaciones que tienen los hombres y las mujeres... en la cama. Quiso que durmiéramos juntos. *(Risa en el auditorio.)*

EL JUEZ.—¿Quiere usted decir que su trato con la señora Bascule no ha sido tan puro como ella supone?

EL VIEJO.—*(Adelantándose á dar su opinión, que nadie le pide):* No tenía el mozo quince años, cuando me lo pervirtió.

EL JUEZ.—¿Está usted seguro?

EL VIEJO.—No tenía quince años aún. Desde los diez le robustecía; lo engordaba, como se ceba un pavo para que sepa mejor después. Le atiborraba de comida, le hacía comer hasta reventar para que fuera un mozo potente. Y cuando le pareció que ya

estaba en disposición de saborearlo... hizo... lo que hizo. Me lo pervirtió.

EL JUEZ. —¿Y usted, callaba, consintiéndolo?

EL VIEJO.—Yo consentí, porque al cabo habría de suceder, con ella ó con otra...

EL JUEZ. —Pensando así, ¿de qué se lamenta?

EL VIEJO.—De nada. ¡Oh! Absolutamente de nada; sólo que, ya se hartó, llegando un día en que no pudo más; y es un hombre libre. Yo no me quejo; lo que hago es pedir que las leyes le protejan.

LA SEÑORA BASCULE. — Me abruman con sus mentiras y su desvergüenza, esas gentes. Lo cierto es que lo hice hombre.

EL JUEZ. — ¡Caramba!

LA SEÑORA BASCULE.—Y ahora, faltando á su compromiso, me huye, me abandona, y me quita lo mío: mis tierras. No se las dí para que se divertiese con otra.

ISIDORO. — Señor juez, hace ya cinco años que yo me propuse dejarla, porque había engordado mucho, teniendo un vientre atroz; y un vientre así, no está bien; un vientre así es una cosa muy desagradable; yo no puedo... Y se lo dije; le dije que me iba. Entonces comenzó á llorar como una desesperada, y me prometió cederme sus tierras del Bec-de-Mortín si continuaba con ella durante algunos años,

cuatro ó cinco solamente. Yo lo medité, y resolví aceptarlo. Era una proposición muy tentadora. Usted, ¿qué hubiera hecho en mi lugar, señor juez?

Continué viviendo con ella cinco años, día por día, hora por hora. Estábamos, al fin, en paz; á cada uno lo suyo. ¡Valía bien la pena! (*La mujer de Isidoro, hasta entonces callada y encogida, gritó de pronto con voz penetrante de cotorra*):

—Pero, mírela usted, mírela usted, señor juez. ¡Mire á esa tarasca, y dígame si valía el campo que le dió, y mucho más, lo que le hizo hacer!

EL VIEJO.—(*Bajando la cabeza, convencido, repitió*): Sí; valía mucho más lo que le hizo hacer. (*La señora Bascule se desplomó en un banco, desmayada, y cayeron de sus ojos lagrimones como puños.*)

EL JUEZ DE PAZ.—(*Suavemente y consolador*): ¿Qué quiere usted, señora? No puedo nada en este asunto. Usted hizo donación de las tierras de Bec-de-Mortín en una escritura notarial en toda regla. No es posible remediarlo. Él estuvo en su derecho casándose y llevando al matrimonio los bienes que le había regalado usted. Yo no puedo inmiscuirme ahora en ciertas cuestiones de... de... delicadeza... Estoy obligado á ver sólo en este asunto el aspecto legal. Siento no hallarme, señora, en condiciones de servirla.

EL VIEJO.—(*Con una especie de altivez, orgulloso*

de su victoria): ¿Podemos irnos á nuestra casa?

EL JUEZ.—Cuando quieran. El juicio terminó.

(Isidoro, su mujer y su padre, salieron; todos los campesinos los admiraban al pasar, como se admira siempre al vencedor, en cualquier pleito. La señora Bascule, quedóse lloriqueando, sentada.)

EL JUEZ DE PAZ.—(Sonriente.): Tranquilícese usted, señora; tranquilícese usted; serénese, cálmese; y... si me pidiera consejo... le diría... le diría que buscara otro mocito... para educarle con su protección... y hacerle hombre.

LA SEÑORA BASCULE.—(Sorbiendo lágrimas): Ya no lo encontraré... Ya no... Ya no...

EL JUEZ.—Siento no poder indicarle alguno...

(Ella dirigió sus ojos empañados, hacia el Cristo que se retorcía en la cruz. Luego, se puso de pie y salió sollozando, angustiada y afligida, cubriéndose la cara con el pañuelo.)

EL JUEZ DE PAZ.—(Dirigiéndose al escribano y en tono burlesco): Calipso no podía consolarse de la marcha de Ulises... (Se detuvo, mudando la expresión de su rostro para decir, en serio, con autoridad):

—Siga usted llamando.

EL ESCRIBANO.—(Entre dientes): Celestino Hipólito Lecacheur.—Próspero Magloire Dieulafait...



INDICE

	<u>Páginas</u>
El Horla.....	5
Amor.....	63
El remanso.....	75
¡Salvada!.....	89
La señora <i>Balancín</i>	99
El marqués de Fumerol.....	109
La seña.....	125
El diablo.....	137
Los Reyes.....	153
En el bosque.....	179
Una familia.....	191
José.....	203
La hospedería.....	215
Tribunales rústicos.....	245